

*Der Marquis von Posa, Abgeordneter der ganzen
Menschheit:
Génesis y desarrollo de su leyenda hasta
Don Carlos de Friedrich Schiller*

EMILIO J. GONZÁLEZ GARCÍA
Universidad de Duisburg

Las peculiaridades que rodean a la obra *Don Carlos*, de Friedrich Schiller, han suscitado gran interés en la crítica. La definición de su género, su proceso compositivo o su situación dentro de la historia de la literatura alemana han poblado multitud de estudios. Al tratarse de un drama histórico también se ha perseguido la verdad que se esconde detrás de cada uno de los protagonistas, destacando por su singularidad uno de ellos: el marqués de Posa. Su figura, en efecto, no es tan fácil de rasgear como las de Felipe, Éboli, Carlos o el duque de Alba, por poner algunos ejemplos, lo que ha llevado a algunos a sostener que se trata de un héroe inventado¹ o que incluso refleja la relación personal de Schiller con la hermandad de los Iluminados². Si por invención se entiende que el autor dota al personaje de cualidades distintas, que lo viste por medio de su ingenio y consigue que, una vez haya pasado por su tamiz, el marqués de Posa sea un hombre nuevo y distinto a todo lo que ha leído, entonces Schiller habría “inventado” al marqués de Posa, así como a Felipe II, don Carlos, Isabel de Valois y el resto de los protagonis-

¹ Pörnbacher, K., *Erläuterungen und Dokumente. Friedrich Schiller. Don Carlos* (Stuttgart, 1995) 4.

² Schings, H., *Die Brüder des Marquis Posa. Schiller und der Geheimbund der Illuminaten* (Tubinga, 1996). Esta teoría se basa en una frase de la décima de los *Briefe über Don Carlos* en la que Schiller afirma: “ich bin weder Illuminat noch Maurer, aber wenn beide Verbrüderungen einen moralischen Zweck miteinander gemein haben, und wenn dieser Zweck für die menschliche Gesellschaft der wichtigste ist, so muss er mit demjenigen, den Marquis Posa sich vorsetzte, wenigstens sehr nahe verwandt sein” (Schiller, F., *Schillers Werke. Nationalausgabe* (Weimar, 1958), vol. XXII, 168 [en adelante citado como *Werke*]).

tas de la pieza. Pero si de esto se pretende deducir que el marqués fue creado *ex nihilo* nos encontraríamos frente a un error.

El marqués de Posa y la familia Rojas

El marqués de Posa es parte fundamental del drama ya desde su primera versión. En el proyecto de Bauerbach³, primer intento de articulación de la obra que sufriría después múltiples modificaciones, se bosqueja al caballero de la orden de Malta con muchos de los que serán sus atributos principales. Este proyecto coincide en gran medida con el argumento de la que es la fuente principal de Schiller, la *Histoire de Dom Carlos, fils de Philippe II* de César Vichard, abbé de Saint-Réal⁴, publicada en 1672⁵.

Ya en esta novela se recoge la amistad que une al marqués con el príncipe. De hecho, ésta es la única referencia a Posa dentro de los ejemplares que manejó Schiller para documentarse sobre la época⁶. Saint-Réal presenta al marqués como aliado secreto del príncipe, debido a lo peligroso que podía resultar exhibirse como favorito del heredero en una corte dominada por la intriga y la suspicacia; una reserva que podría justificar, según veremos, su escasa presencia en el resto de las obras sobre la época. Las indudables virtudes del marqués, criado junto al joven príncipe, motivan que Isabel y Carlos lo elijan como intermediario. No obstante, la frecuencia de los encuentros entre la reina y Posa y la confianza de su trato terminan levantando sospechas en el corazón de Felipe II. Estos

³ Pörnbacher, K., *op. cit.*, 77-79.

⁴ El mismo Schiller pondera la lectura del texto de Saint-Réal en el prólogo al primer acto aparecido en el número de marzo de 1785 de la revista *Thalia* con las siguientes palabras: "Der Leser wird sich selbst und dem Dichter nützen, wenn er vor Lesung dieser Fragmente die *Geschichte des Dom Karlos, Prinzen von Spanien*, vom Abbé S. Réal, welche kürzlich zu Eisenach in der Übersetzung erschienen ist, nur flüchtig durchblättern will" (*apud* Böckmann, P. (ed.), *Schillers Don Karlos. Edition der Ursprünglichen Fassung und Entstehungsgeschichtlicher Kommentar* (Stuttgart, 1974), 371). Sobre César Vichard vid. Mansau, A., "Saint-Réal. Un historien au miroir (1643-1692)", en *L'Histoire en Savoie*, 105 (marzo 1992) 3-67.

⁵ Como el propio Schiller indica, en 1784 fue traducida dicha obra al alemán e impresa en Eisenach con el título Vichard, C., *Geschichte des spanischen Prinzen Don Carlos. Aus den Werken des Abts Saint Real gezogen*. A esta edición nos remitimos en citas ulteriores.

⁶ Para una descripción más detallada de las fuentes utilizadas por Schiller en su *Don Carlos* vid. la introducción a Schiller, F., *Don Carlos*, ed. de L. Acosta (Madrid, 1996), 63-73.

recelos aumentan durante un torneo en el que Posá combate con los colores de la reina portando un escudo con la inscripción “nada puede mirarme sin arder”. El monarca, creyendo ver en el mote una declaración pública del amor del caballero hacia su esposa, suspende el torneo dominado por la ira y ordena el asesinato del marqués. La intervención de Ruy Gómez logra que este crimen se realice de forma discreta por miedo a las represalias del príncipe. Posá muere al fin apuñalado en la calle por unos desconocidos, enviados, según presunción de todos los habitantes del reino, por Felipe II⁷.

Ésta es, *grosso modo*, la descripción del marqués de Posá que ofrece Saint-Réal. Ahora cabe preguntarse si en realidad existió un caballero en la corte filipina con estas características. Encontramos efectivamente a un marqués de Poza —que no Posá— que ocupó el puesto de paje de don Carlos de 1567 a 1568⁸, momento de la muerte del príncipe. Se trata de Francisco de Rojas y Enríquez, nacido en Valladolid en 1546 y caballero de la orden de Alcántara⁹. Sin embargo, las similitudes entre el personaje real y el ficticio acaban aquí. Francisco de Rojas no murió asesinado por orden del rey, sino que vivió hasta 1605 y fue uno de los hombres importantes del gobierno de Felipe II, en el que ocupó la presidencia del Consejo de Hacienda de 1595 a 1602, pasando luego a formar parte del Consejo de Estado y Guerra.

Evidentemente, Francisco de Rojas no tiene mucho, por no decir nada, que ver con su *alter ego* dramático. La realidad se aleja tanto de la ficción que su persona parece fruto de la fantasía de Saint-Réal. Su ausencia en la gran mayoría de las obras coetáneas sobre la historia del período apoyaría esta opinión. En efecto, en los escritos españoles de la época, el único marqués de Poza citado es Francisco de Rojas, mencionado sólo en razón de su cargo en el Consejo de Hacienda. Encontramos, sin embargo, una aparente alusión a Poza en la correspondencia de Sebastián de Arbizu, uno de los “inteligentes” del rey católico. En carta de 25 de marzo de 1592, Arbizu informa al virrey de Navarra sobre un encuentro en Francia con Antonio Pérez, quien lleno de resentimiento por la persecución de la que fueron objeto tanto él como su familia, clamaba venganza contra el monarca y “decía, que la sangre inocente de la Reina Doña Isabel y del Príncipe Don Carlos, del Marqués de Poza y Monsieur de Montigny y el Justicia Mayor y otros muchos, piden justicia ante Dios y parece que aho-

⁷ Cfr. Vichard, C., *op. cit.*, 84-91.

⁸ Martínez Millán, J. (ed.), *La Corte de Felipe II* (Madrid, 1994) 462.

⁹ Su condición de caballero de Malta es fruto de la invención de Schiller por influencia de Robertson, Brantôme y Watson. Cfr. Wertheim, U., *Schillers “Fiesko” und “Don Carlos”*. *Zu Problemen des historischen Stoffes* (Weimar y Berlín, 1958) 157-158.

ra ha llegado el infelice hado de su destino”¹⁰. Esta referencia al marqués es de vital importancia para nuestro estudio por presentar su muerte junto a la de Carlos e Isabel, insinuando la culpabilidad de Felipe II y señalando a Pérez como uno de los propagadores de la leyenda de Poza. La fecha de la misiva demuestra que el marqués señalado no se trata de Francisco de Rojas, personalidad lo bastante conocida como para desestimar cualquier equivocación por parte de Pérez o de Arbizu, sino de su hermano Sancho de Rojas y Enríquez, segundo marqués de Poza, acuchillado en Madrid durante una riña nocturna pocos años antes de la muerte del príncipe Carlos¹¹. Su fallecimiento supondría el germen de un mito que se vio respaldado por la mayor presencia de su hermano Francisco. En una época en la que era costumbre referirse a los nobles por su título en lugar de por su nombre, los dos marqueses llegaron a confundirse, dando lugar a un nuevo Poza que tomaría de Francisco la vinculación con la casa de Don Carlos en fechas próximas al encarcelamiento de éste y que asimilaría la muerte de Sancho y las extrañas circunstancias que la rodearon, levantándose después un fabuloso armazón de confusiones y contaminaciones que magnificaron los verdaderos acontecimientos y configuraron el personaje que heredaría Schiller.

El marqués de Poza como elemento afín a Don Carlos y su triste e injusto destino sólo se recogen en cuatro obras anteriores a Saint-Réal¹². Se trata de *L’Histoire générale d’Espagne*, de Louis Turquet de Mayerne; el manuscrito de Nicolas Claude Fabri de Peiresc; la *Histoire de France* de François Eudes de Mézeray y, por último, las *Mémoires de Castelnaud*, de Jean Le Laboureur. De estos testimonios sólo los dos primeros son

¹⁰ Apud. Marañón, G., *Antonio Pérez (el hombre, el drama, la época)* (Argentina, 1947) vol. II, 385.

¹¹ Espejo de Hinojosa, C., *El Consejo de Hacienda durante la presidencia del Marqués de Poza* (Madrid, 1924) 3.

¹² Saint-Réal indica las obras que ha seguido (o mantiene haber seguido) en el *Avis au lecteur* de la versión francesa, en un intento de dar a su obra cierta apariencia de verosimilitud. Así afirma: “Cette histoire est tirée de tous les auteurs espagnols, françois, italiens et flamans qui ont écrit sur le tems auquel elle s’est passée. Les principaux sont Mr. De Thou, Aubigné, Brantome, Cabrera, Campana, Adriani, Natalis Comes, Duplex, Mathieu, Mayerne, Mezerai, le Laboureur sur Castelnaud, Strada, Meteren, l’historien de Don Juan d’Autriche [se refiere a la obra de Lorenzo Vander Hammen], les Éloges du P. Hilarion de Coste, un livre espagnol des dits et faits héroïques de Philippe II [debido a Baltasar Porreño], une Relation de la mort et des obsèques de son fils [escrita por Juan López de Hoyos], etc. Elle est encore tirée de diverses pièces servans à l’Histoire, tant manuscrites qu’imprimées. Entr’ autre d’un petit livre en vers, intitulé *Diogenes*, qui trait cette matière à fonds, et d’un manuscrit de Mr. De Peiresc, exprès sur ce même sujet”. Apud Dulong, G., *L’Abbé du Saint-Réal. Étude sur les rapports de l’histoire et du roman au XVIIe siècle* (Génova, 1980) 118.

realmente originales, mientras que Mézeray y Le Laboureur se limitan a copiar de modo más o menos literal las descripciones de Mayerne y del manuscrito de M. de Peiresc, respectivamente.

La primera de estas obras, por orden cronológico, es *L'Histoire* de Mayerne, publicada en 1586. Lo temprano de su aparición (dieciocho años después de la muerte de don Carlos) nos mueve a considerarla, sin temor a equivocarnos, el antecedente impreso más antiguo que presenta la figura del marqués con las peculiaridades que recibirían los textos posteriores hasta llegar a Schiller. De confesión protestante —lo que explicaría su animadversión hacia Felipe II—, Mayerne ya introduce el asesinato de Carlos e Isabel por orden del Rey Prudente y da un papel significativo al marqués como causante de la desconfianza del monarca y el consiguiente envenenamiento de su esposa. Su relato, verificado según él por ciertos “bons rapports”, habla de una dama francesa de Isabel que pierde su puesto junto a la reina. Llevada por el deseo de venganza difunde el rumor de que la soberana mantiene una relación amorosa con el marqués de Poza, “de la maison de Rojas”. El rey cree con facilidad este infundio debido a que la sospecha ya anidaba en su corazón, pues el marqués había sido visto conversando y riendo con la soberana. El monarca termina ordenando la prisión de Poza, que muere asesinado por desconocidos poco después cuando se dirige a visitar a su madre y a su tío obispo¹³.

Como se ve, Mayerne insinúa la complicidad de Felipe II en la ocisión del marqués y señala a una dama del entorno de Isabel de Valois como su desencadenante. Saint-Réal también recoge esta intromisión femenina, aunque el motivo que lleva a la joven a colaborar con los oscuros fines de los antagonistas de Carlos es la promesa de matrimonio que Don Juan de Austria le hace. Los detalles que ofrece sobre la familia de Rojas nos lleva a juzgar la *Histoire* de Mayerne como la única que refleja con cierta autenticidad sus singularidades y, por tanto, la única que se sirvió de testimonios relativamente veraces. Sólo aquí se transcribe el nombre del marquesado como de “Poza”, y no “Pozzo”, como en el manuscrito de M. de Peiresc, o “Posa”, como hace Saint-Réal, y sólo aquí se vincula este título con la familia que lo ostentaba. Incluso la referencia al tío obispo del marqués es perfectamente cierta¹⁴.

Los “bons rapports” cuyo origen oblitera le permiten a Mayerne, además de impedir cualquier comprobación ulterior por parte del lector, dar una imagen de verosimilitud y de confidencialidad que hace pensar en una fuente directa, oral o manuscrita, aunque manipulada según sus intereses. La

¹³ *Ibidem*, 144.

¹⁴ En efecto: Pedro de Rojas Sarmiento, tío de Sancho y Francisco de Rojas, era obispo de Astorga y Osma. Cfr. Espejo de Espinosa, C., *op. cit.*, *loc. cit.*

epístola de Sebastián de Arbizu antes citada serviría para apoyar esta teoría y demostrar que los testimonios manejados por Mayerne pudieron tener distintos orígenes. Desde luego, a causa, entre otras razones políticas y militares, de la misma ascendencia de Isabel de Valois, muchos miembros del entorno de su madre, Catalina de Médicis, fueron estratégicamente situados en puestos diplomáticos ante el trono hispano con la misión de informar regularmente y en secreto. Mayerne pudo valerse de estas noticias orales —un recurso del que se nutrieron no pocos escritores¹⁵— o de su reflejo en la viva correspondencia generada por los “inteligentes”. Por citar el ejemplo más señalado, las cartas remitidas por Raymond de Rouer, señor de Fourquevaux y embajador francés en Madrid, a la reina Catalina, prestan similar atención a eventos políticos de la trascendencia del encarcelamiento de Carlos que a actividades más frívolas como festejos, anécdotas personales o habladurías que pudieron asimismo haber supuesto el germen de la historia¹⁶. Las misivas de Fourquevaux sirven para ilustrar el fluido contacto entre España y Francia y constatan la existencia de epistolarios privados y crónicas manuscritas¹⁷ que, por su propio carácter, no perviven hoy y podrían haber suministrado la información de la que se valió Mayerne.

La otra fuente primera de Saint-Réal es, según hemos avanzado, el manuscrito de M. de Peiresc, una recopilación de acontecimientos de la historia de Francia desde el reinado de Carlos IX hasta 1617 que incluye dos capítulos dedicados a las muertes de don Carlos e Isabel. Situados entre los folios 19 y 21, llevan por título “Mort du prince d’Espagne, au récit d’Antonio Perez à M. Du Vair” y “Mort de la reine Élisabeth de France, femme du roi d’Espagne”. Como puede verse, uno de los relatos está atribuido a Antonio Pérez, quien pese a silenciar cualquier mención del marqués de Poza

¹⁵ Sírvannos como ejemplo del uso de testimonios orales la monumental obra en seis volúmenes de Thou, J. A. de, *Historiarum sui temporis ab anno Domini 1543 usque ad annum 1607* (París, 1606-1607), que sigue opiniones coetáneas de testigos como el veneciano Pietro Giustiniani, por entonces en Castilla (*vid.* vol. II, 412-414 sobre Carlos e Isabel de Valois), o también las *Memorias* de Brantôme —*Memoires de messire Pierre du Bourdeille, Seigneur de Brantome, contenant les vies des dames illustres de France de son temps* (Leiden, 1665)—, en las que comenta, refiriéndose al primer encuentro entre Isabel y Felipe II: “*J’ay oüy conter à une de ses Dames que la premiere fois qu’elle vit son mary, elle se mit à le contempler si fixement, que le Roy ne le trouvant pas bon, luy demanda: Que mirais si tengo canas*”.

¹⁶ Douais, M. (ed.), *Dépêches de M. de Fourquevaux. Ambassadeur du Roi Charles IX en Espagne. 1565-1572* (París, 1896) vol. I, 5-6 y 266 sobre la “affection” de Carlos “vers la Roynne, sa belle mère”, y vol. III, 69-71 acerca de la prisión y muerte del príncipe.

¹⁷ Citaremos entre dichas narraciones el *Breve compendio de la vida privada del rey Felipe II* escrito por P. Matthieu, cronista real de Francia en la segunda mitad del XVI y autor de una *Histoire de la France* impresa por vez primera en 1607. Pierre Matthieu es, precisamente, uno de los primeros en subrayar la supuesta pasión con la que Carlos miraba a su madrastra.

en sus *Cartas* o en sus *Relaciones*, no dejaba de glosar las “villanías” de Felipe II a todo aquel que quisiera escucharle —según hemos podido comprobar en la carta de Sebastián de Arbizu—, por lo que bien pudo haber dado origen a esta narración. En el manuscrito de Peiresc se refiere cómo el marqués del Pozzo (*sic*) frecuenta a una de las damas de la corte, por lo que accede con cierta regularidad al cuarto de la reina. Estos encuentros hacen sospechar a Felipe II, que ordena a “certains gentilshommes” montar guardia bajo la ventana de Isabel disfrazados de mendigos. Una noche la soberana deja caer por descuido un pañuelo que es recogido por Pozzo, aumentando la suspicacia del monarca y precipitando la muerte de la reina y del marqués¹⁸.

Esta versión de la historia de Poza coincide en gran parte con la narración de Mayerne, con sólo algún pequeño cambio. Pese a que el episodio del pañuelo y la relación del marqués con las damas de la corte desaparecerían en las sucesivas adaptaciones del mito, el manuscrito introduce por primera vez la colaboración de “certains gentilshommes” de la confianza del rey, quedando fijado como otro elemento más de la leyenda en trabajos posteriores.

Poza también figura, según se ha dicho, en dos escritos más de entre los citados por Saint-Réal, los cuales siguen con mayor o menor literalidad las descripciones antes señaladas. El primero es la *Histoire de France* (1646) de Mézeray, que refundió el relato de Mayerne agregándole el episodio de una corrida de toros en la que el marqués lidia con los colores de la reina llevando como enseña un sol con la divisa “Arde bien”, una fiesta que Saint-Réal transformaría en un torneo posiblemente por considerar que sus lectores entenderían mejor este divertimento. El segundo texto son las *Mémoires de Castelneau* (1659), escritas por Le Laboureur, quien incorporó un fragmento titulado “De la mort de Don Charle, prince d’Espagne” en el que la descripción de Poza está tomada del manuscrito de Peiresc. El marqués es asesinado también por los celos de Felipe II; con esto se completa la leyenda de Poza según los gustos del siglo XVII.

Historicidad de la leyenda y contaminaciones literarias

Todo lo referido no es sino una deformación histórica típicamente francesa en la que Carlos e Isabel aparecen como una pareja de enamorados que se enfrentan a un destino adverso¹⁹. Felipe II rompe el compromiso acor-

¹⁸ *Apud* Dulong, *op. cit.*, *loc. cit.*

¹⁹ De hecho, ni la relación entre ambos adolescentes ni los celos de Felipe II se encuentran en los orígenes de la Leyenda Negra en otros países. Así, aunque la *Apología* de Guillermo de Orange recoge la teoría del asesinato de don Carlos a manos de su padre, los moti-

dado entre los jóvenes tras la muerte de su segunda esposa²⁰ e Isabel se ve condenada a vivir con un hombre mucho mayor que ella²¹. Sin embargo, todos los autores que forman parte de esta mistificación mantienen siempre un gran respeto por la figura institucional de la reina, que nunca llega a romper los vínculos maritales a pesar de sus sentimientos. Los auténticos desencadenantes de la tragedia son los celos injustificados del monarca. Éste es el contexto en el que se introduce la figura de Poza, inicialmente como víctima inocente de las sospechas del “Othello hispano” y después como aliado de Carlos en sus afanes y desventuras, primero en la obra de Saint-Réal y después en las de Otway²² y Schiller.

Como ha quedado demostrado, el auténtico marqués de Poza no tiene prácticamente nada que ver con estas descripciones. Se trata de una figura que ha ido absorbiendo características de otros personajes históricos a medida que pasaba por diferentes manos. *La Histoire de Dom Carlos* de César Vichard es la que más inexactitudes presenta, principalmente porque el abad desea escribir una novela histórica, no una historia real como intentan sus predecesores²³. Así, el afán de historicidad y rigor que trata de demostrar al citar sus fuentes se contradice con el uso que hace de ellas, deformando,

vos que lo impulsan son los deseos del príncipe de huir a los Países Bajos para ayudarles en su liberación. *Vid.* Orange, G. de, *Apologie de Guillaume de Nassau* (Leiden, 1581). Este motivo se mezclaría con el amoroso en Saint-Réal y quedaría fijado para los autores subsiguientes.

²⁰ Este punto es cierto. En 1556, para estrechar lazos entre Francia y España, en guerra desde décadas atrás, se concertó el matrimonio de Carlos con Isabel de Valois, hija de Enrique II. Tras la muerte repentina de María Tudor (1558), y con objeto de afianzar la paz de Cateau-Cambrésis, firmada con Francia al año siguiente, Felipe II decidió ocupar el lugar de su hijo. Resulta ridículo, por tanto, suponer la pervivencia del amor entre el príncipe e Isabel a pesar del paso de los años, y más aun apuntarlo como causa de su muerte, ya que cuando se proyectaron sus esponsales ambos eran niños.

²¹ La Leyenda se esfuerza en destacar este aspecto para dar una justificación al posible adulterio de Isabel, pero es necesario recordar que Felipe II sólo tenía 33 años cuando casó con Isabel de Valois.

²² Otway, T., *Don Carlos* (Londres, 1676), traducido al alemán como *Don Carlos, Prinz von Spanien* en *Neue Erweiterungen der Erkenntnis und des Vergnügens*, N° 51 (Francfort y Leipzig, 1757). Sobre la obra de Otway *vid.* Levi, E., *Storia poetica di Don Carlos* (Pavía, 1914), 235-275. Se ha afirmado que ésta fue una de las fuentes empleadas por Schiller e incluso que fue el verdadero germen de su *Don Carlos* (Wertheim, U., *op. cit.*, 147); no obstante, pese a las similitudes, Schiller jamás hace alusión a dicho texto, debiéndose las coincidencias a que también Otway se basó en el *Dom Carlos* de Saint-Réal.

²³ Este aspecto está íntimamente relacionado con la concepción “aleccionadora” de la historia para Saint-Réal, según el cual ésta debía presentar no sólo los acontecimientos sino también sus causas, supeditando la verdad histórica a este fin educador: “étudier l’Histoire, c’est étudier les motifs, les opinions, & les passions des hommes, pour en connoître tous les efforts, les tours, & les détours, enfin, toutes les illusions qu’elles sçavent faire aux esprits, & les surprises qu’elles sont aux cœurs”. *Cfr.* Vichard, C., *De l’Usage de l’Histoire* (1671), ed. de R. Demoris y C. Meurillon (Lille, 1980), 1-6.

ignorando o potenciando distintos acontecimientos según sus intereses y manipulándolos casi aleatoriamente. El efectismo lo consigue a base de mezclar sucesos y personajes para obtener un resultado creíble —aunque no necesariamente verídico— a ojos de su público. Retrata, por lo tanto, a un Poza amigo de Carlos y criado con él en calidad de paje (lo que de algún modo es cierto, ya que, según hemos apuntado, Francisco de Rojas sirvió al príncipe y era prácticamente de su misma edad) del que se sospechan amores secretos con la reina, que participa en un torneo y cae asesinado en la calle por mediación de los consejeros del rey. A continuación revisaremos con detalle cada una de estas circunstancias.

El cortejo a escondidas y las visitas nocturnas a las damas, además de tratarse de tópicos literarios, eran prácticas habituales en los círculos cortesanos. Muchas de estas relaciones —alguna de ellas muy sonada, como la del rey con la princesa de Éboli— fueron pasto de las habladurías cotidianas. También Francisco de Rojas protagonizó un idilio con Doña Juana Manrique de Lara, condesa de Valencia de Don Juan e hija del mayordomo mayor de la reina Isabel, Don Juan Manrique de Lara, y de Doña Ana Fajardo. Juana Manrique, antigua dama de palacio, había casado con su primo Don Manrique de Lara, conde de Valencia de Don Juan, que fallecería en 1593 sin haber dejado descendencia. Fruto de los amores del marqués de Poza y la condesa nació María de Rojas, la cual vivió con su madre en calidad de sobrina como hija de su hermano Antonio de Manrique. A la muerte de éste Doña Francisca Enríquez de Cabrera, esposa del marqués de Poza, aceptó a María como hija²⁴. De todas formas es difícil determinar si éste es el auténtico origen del episodio, si remeda algún otro amorío de Francisco de Rojas, de su hermano Sancho o incluso si las descripciones de Mayerne y del manuscrito de Peiresc son puramente ficticias.

Existe un acontecimiento histórico en el que se reunieron todos los participantes de la leyenda alrededor de un torneo. Isabel de Valois viajó a Bayona en 1565 acompañada de su séquito para visitar a su madre y a su hermano. Durante su estancia allí se celebró una justa en la que el señor de Chastre se proclamó vencedor, obteniendo una sortija donada por la reina que él ofreció a Magdalena Girón, dama admirada por su belleza e ingenio. De todos los caballeros franceses que compitieron por servirla el que más devoción manifestó fue el señor de Danville, que, como cuenta Brantôme, “la servit fort discretement tant que le voyage dura et en porta les couleurs jaunes et tannées”²⁵, los colores favoritos de la dama. Brantôme sirvió de

²⁴ Acerca de esta relación *vid.* Martínez Bara, J. A., *La Condesa de Valencia de Don Juan, el Marqués de Poza y el Duque de Lerma* (Madrid, 1978).

²⁵ *Apud* Amezúa y Mayo, A. de, *Isabel de Valois. Reina de España (1546-1568)* (Madrid, 1949), vol. II, 155.

fuelle a Saint-Réal (y también a Schiller) para la confección de su obra, por lo que el tránsito hacia las justas en las que Poza interviene parece claro. Respecto a la participación del marqués histórico, sabemos que éste acudió a las celebraciones y sacó a bailar, el día previo a éstas, a cierta “madame Santena”²⁶. Esto no explicaría, sin embargo, la procedencia del escudo y la inscripción. Las armas de la familia Rojas consisten en cinco estrellas de azur de ocho rayos puestas en sotuer sobre campo de oro²⁷, por lo que la correspondencia, tanto con el escudo como con el mote de “bien arde” de Mézeray o el “nada puede mirarme sin arder” de Saint-Réal, es inviable. El origen de este suceso hay que buscarlo en otro personaje ajeno a los que campean por las páginas del *Don Carlos*.

Don Juan de Tasis y Peralta (1582-1622), segundo conde de Villamediana, correo mayor de España y Nápoles y celebrado poeta, fue centro de murmuraciones en toda Europa. Vividor, mujeriego, exuberante y desmesurado en todos sus actos y muy proclive a ganarse enemistades entre los poderosos, fue desterrado del reino por Felipe III y vuelto a admitir por su sucesor, Felipe IV. En la corte hedonista del nuevo monarca el conde se convirtió en un modelo indispensable. Sus hazañas corrían de boca en boca, sobre todo las relacionadas con otra reina francesa también llamada Isabel: Isabel de Borbón. Se contaban numerosas anécdotas sobre su posible idilio²⁸, hasta el punto de que se llegó a suponer que la Francelisa de su poema “¿Para qué es amor tirano...?” no era otra que Isabel, por verse en este pseudónimo un anagrama de “francesa Elisa” (diminutivo de Elisabeth) o “francesa lis”, en alusión al linaje de la reina²⁹.

De entre estas historias destaca especialmente una que hace referencia a una fiesta de toros y cañas a la que Villamediana acudió llevando como divisa un gran número de reales de plata bajo el mote “estos son mis amores”. La corte, curiosa, intentó en vano descubrir el enigma escondido tras estas palabras, hasta que un bufón dio con la interpretación correcta: “mis amores son reales”, claro indicio de la supuesta pasión de Tasis por la reina, a lo que el rey habría respondido airado: “pues yo se los haré cuartos”.

El lance coincide con el reflejado en las fuentes francesas mencionadas en todos los puntos salvo en uno: la divisa que ostenta el conde es distinta a la que éstas especifican para el marqués de Poza. Para explicar la causa

²⁶ *Ibidem*, 458.

²⁷ Oñate Gómez, F., *Blasones y Linajes de la provincia de Burgos* (Burgos, 1991), 128.

²⁸ Sobre las presuntas aventuras del conde de Villamediana con la reina *vid.* Deleito y Piñuela, J., *El Rey se divierte* (Madrid, 1988) 162-171.

²⁹ Conde de Villamediana, *Poesía*, ed. de M. T. Ruestes (Madrid, 1992), 475-476. No obstante, para Rosales, L., *Pasión y Muerte del Conde de Villamediana* (Madrid, 1969), 43-77, esta Francelisa sería doña Francisca de Tabora, amante de Felipe IV.

de esta confusión, hemos escogido por su belleza la reconstrucción del juego de cañas en el cual se enfrentaron el conde de Orgaz y Juan de Tasis incluida en el romance *El Conde de Villamediana* del duque de Rivas:

Pues logrando de discretos
 Y de enamorados fama
 Interesa a todo el mundo
 Ver las empresas que sacan.
 Es la de Orgaz una hoguera
 De la que el vuelo levanta
 El fénix con este mote:
Me da vida quien me abrasa.
 Un letrado solamente
 Es la de Villamediana,
 Que dice: *Son mis amores...*
 Y luego reales de plata.³⁰

Con esto parece probado cuál fue el origen del mote, modificado seguramente por ser más comprensible para el público francés que el juego de palabras original. Descubrimos así otro matrimonio regio entre un español y una francesa, cuyos nombres coinciden con los de Felipe II e Isabel de Valois, y en los que la divisa que un noble ostenta en una fiesta de toros y cañas desata los celos del monarca. La similitud entre ambos acontecimientos es demasiado evidente para tratarse de una mera casualidad. Pero las semejanzas no acaban aquí.

El 21 de agosto de 1622 el conde de Villamediana iba en su carruaje acompañado de don Luis de Haro, hijo mayor del marqués del Carpio, cuando, cerca de la calle Mayor, fue asaltado por un desconocido que le asestó una puñalada mortal y se dio a la fuga³¹. Nunca se halló al culpable y pronto surgieron rumores culpando al rey de instigar el asesinato para dar fin a los supuestos amoríos entre Isabel y don Juan de Tasis. Fueron numerosas las muestras de esta opinión, pero bástenos la célebre décima de Góngora:

Mentidero de Madrid,
 decidnos, ¿quién mató al Conde?
 ni se sabe, ni se esconde,
 sin discurso discurrid:
 — Dicen que le mató el Cid
 por ser el Conde Lozano;

³⁰ Duque de Rivas, *Obras completas*, ed. de E. R. de Saavedra (Madrid, 1898), vol. IV, 330.

³¹ Cfr. Rosales, L., *op. cit.*, 78-95.

¡disparate chabacano!,
la verdad del caso ha sido
que el matador fue Bellido
y el impulso soberano.³²

Poza y Villamediana son, como podemos ver, personajes análogos que corren la misma suerte por idénticos motivos. La biografía de Tasis vale para reforzar la historia del marqués en lo relativo a su muerte y a la complicidad del rey y sus consejeros, al menos en las obras posteriores a 1622, fecha del fatal encuentro del conde. En lo tocante a la *Histoire* de Mayerne y al manuscrito Peiresc, la participación tanto de Felipe II como de personas de su entorno pudo derivar de la conspiración que acabó con la vida de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria. En 1578, mientras se hallaba en la corte tratando de los asuntos de su patrón, fue acuchillado por orden de Antonio Pérez. Esta es la narración de los hechos debida a Lorenzo Vander Hammen:

Llegó Escobedo a Madrid y empezó a tratar de la pretensión de su amo, aunque con poco gusto del Rei, por cansarle con sus negociaciones apretadas. Teniale Antonio Perez odio dias auia por auerselo opuesto al curso de algunos empleos amorosos³³. [...] Conbidó a cenar Antonio a Escobedo y diole veneno, y no haziendo efeto... determinó matarle a hierro, y en vna noche lo executaron Iuan Diaz y dos Catalanes [...] con una cedula que le dio con firma del Rei de las que se dan en blanco a los Embaxadores y VirReyes para la breuedad de algún negocio.³⁴

El proceso contra Antonio Pérez que siguió, su huida a Aragón y posterior salida de España son sucesos que fueron notorios en toda Europa, al igual que las acusaciones del propio Pérez al rey como organizador del atentado³⁵. El luterano Mayerne, sin embargo, con objeto de presentar a un Felipe II homicida sin demostrar simpatía hacia el señor de Escobedo, don Juan de Austria —a la postre enviado por su hermano a los Países Bajos con orden de sofocar las revueltas protestantes— optó por elegir otra víctima, el marqués de Poza (conocido, según hemos indicado, a través de cartas o fuentes

³² *Ibidem*, 105. Otros textos dedicados a la muerte de Villamediana en 96-144.

³³ El objeto de estos empleos amorosos, cuya mención se soslaya es, evidentemente, la princesa de Éboli, esposa de Ruy Gómez de Silva.

³⁴ Vander Hammen y León, L., *Don Juan de Austria* (Madrid, 1627), 318. Hemos elegido esta descripción por tratarse de una de las fuentes de Saint-Réal, aunque no influyó en la creación de la leyenda del marqués de Poza, que ya estaba formada —al menos en lo referente a su muerte— cuando esta biografía vio la luz.

³⁵ *Vid. supra*, nota 11.

orales directas), cuya figura distorsionó de una manera que no debe ya extrañarnos, habida cuenta de lo tendencioso de tales estudios “históricos”. No hay que olvidar que Mayerne publicó su *Histoire* sólo ocho años después de la muerte de Escobedo y que fue el primero en involucrar a Poza en los sucesos relatados, extendiéndose posteriormente tal implicación a los trabajos franceses aquí aludidos hasta Saint-Réal. Años después, la entrada en escena del conde de Villamediana, una personalidad de rasgos asimilables a los del marqués retratado hasta entonces y con una vida lo suficientemente atractiva y conocida, difuminaría los contornos de ambos nobles e imbricaría sus experiencias vitales.

Schiller, Posa y la realidad histórica

Lo dicho hasta ahora explica plausiblemente por qué la *dramatis persona* del marqués de Poza apenas tiene que ver con la realidad, pero no por qué él fue el elegido para recoger tantas adulteraciones posteriores, pues con más razón el conde de Lerma, un cortesano del príncipe que le socorrió durante su encarcelamiento, podía haber merecido en justicia el título de aliado de Carlos³⁶. Fue un suceso en la historia de la familia Rojas que aún no hemos mencionado y que, a buen seguro, mereció la atención del protestante Mayerne, lo que motivó la elección del marqués como víctima del fanatismo filipino.

El 21 de mayo de 1559 se celebró un famoso auto de fe en Valladolid orquestado por el inquisidor general Fernando de Valdés al que acudieron Carlos y Juana de Austria, entonces princesa regente, con el juramento de defender la fe católica y la Iglesia de Roma y perseguir a los herejes. En este auto, que detallan la mayor parte de las historias locales y extranjeras de la época, fue quemado Agustín de Cazalla, antiguo capellán y predicador del emperador. El 8 de octubre de ese mismo año, en presencia de Felipe II, su hermana y su hijo, Don Carlos de Seso fue mandado a la hoguera. Antes de morir preguntó al Rey por qué permitía su ejecución, a lo que éste contestó “que si su hijo el Príncipe fuese Herege impenitente, èl mismo le entregaría à las llamas”³⁷, unas palabras que muchos encontraron proféticas y que parecían demostrar con elocuencia el fanatismo y desafecto del monarca hacia su hijo. Aunque no detallaremos las causas y el discurrir del

³⁶ Vid. Cabrera de Córdoba, L., *Historia de Felipe II, Rey de España*, ed. de J. Martínez Millán y C. J. de Carlos Morales (Salamanca, 1998), vol. I, 410-411.

³⁷ Ferreras, J. de, *Historia de España* (Madrid, 1725), vol. XIV, 45. Sería demasiado prolijo hacer un recuento de las fuentes que citan esta anécdota; traemos ésta por ser uno de los ejemplares manejados por Schiller, pero aparece prácticamente en todas las crónicas sobre esta época.

proceso, suficientemente conocido, sí que haremos notar cómo, junto a Cazalla o Sesó, también fueron castigados otros personajes muy unidos a nuestro relato. Así, Fray Domingo de Rojas, hijo del primer marqués de Poza y tío de Sancho y Francisco de Rojas y Enríquez, fue juzgado y condenado a muerte en el segundo auto vallisoletano. No fue el único miembro de la familia Rojas en ser procesado por el Santo Oficio: en el auto de mayo fueron inculcados Don Pedro Sarmiento, hermano de Domingo de Rojas (condenado a privación de hábito y encomienda, encarcelado y sujeto a sambenito perpetuo), su esposa Doña Mencía de Figueroa (sancionada con pena de cárcel y sambenito), la religiosa Doña María de Rojas, también hermana de Domingo (devuelta al monasterio degradada) y Don Luis de Rojas, hermano mayor de Sancho y de Francisco (desterrado a perpetuidad de la corte y privado de todos los honores de caballero). La familia Rojas y el propio marqués estuvieron desde entonces marcados por su relación con los luteranos, lo que sin duda obstaculizó, o al menos demoró, la carrera cortesana de Don Francisco. Este auto de fe, uno de los más divulgados del reinado de Felipe II, debió de hacer llegar a oídos de Mayerne y muchos otros el apellido de Rojas³⁸.

Debe ahora considerarse si Schiller tuvo conocimiento del auto de 1559 y si esto motivó la elección de Posa como co-protagonista del drama y la creciente importancia de su papel a lo largo de la obra. Dentro de *Don Carlos* encontramos, ciertamente, dos elementos que parecen respaldar la hipótesis de que Schiller habría advertido la implicación de los parientes del marqués en el auto de Valladolid.

El primero de estos factores es la continua defensa de la *Gedankenfreiheit* por parte de Posa a lo largo de la pieza y en la cual podría verse también englobada la libertad religiosa. Esta impresión quedaría reafirmada por el comentario del rey “Ihr seid / Ein Protestant” (III, 10) que sigue a la petición de libertad de pensamiento de Posa, especialmente si tenemos en cuenta la trascendencia que Schiller otorga a los juicios del monarca, como subraya en el séptimo de los *Briefe über Don Carlos*: “Im Munde dieses Menschenkenners [Philipp] legte ich meine Apologie und mein eignes Urteil von dem Helden des Stückes nieder”³⁹.

³⁸ También Saint-Réal menciona el auto de Valladolid de 1559, si bien para justificar una hipotética simpatía del emperador, muerto un año antes, por la causa protestante. Carlos V —afirma Saint-Réal— admiraba el luteranismo, pero la Inquisición no se atrevía a juzgarlo por miedo a su poder y posibles represalias, así que, tras su fallecimiento, decidieron vengarse en las figuras de su confesor (el arzobispo Bartolomé de Carranza) y su predicador (el doctor Cazalla). El auto de fe también le sirvió a César Vichard para mostrar el espíritu justo y rebelde del príncipe Carlos, que se habría enfrentado al Santo Oficio por considerar que este proceso atentaba contra la memoria de su abuelo, granjeándose con ello la enemistad de la Inquisición.

³⁹ Schiller, F., *Werke, op. cit.*, 160.

En segundo lugar, el interés de la Inquisición por Posa también sustentaría la presunción de herejía, según se deduce de la conversación del tercer acto entre el marqués y Felipe II, cuando este último le advierte: “Aber / Flieht meine Inquisition” [III, 10]. Tal precaución no era en absoluto baladí, pues la queja formulada por el inquisidor general en el último acto demuestra que el Santo Oficio seguía de cerca las andanzas de Posa y planeaba su inmolación: “Das Blut, / Das unsrer Ehre glorreich fließen sollte, / Hat eines Meuchelmörders Hand verspritzt. / Der Mensch war unser [...] Nun liegt / Sie hingestreckt, die Arbeit vieler Jahre! / Wir sind bestohlen, und Sie haben nichts / Als blut’ge Hände.” [V, 10].

Esta discusión ya ha sido planteada con anterioridad, con dos posturas encontradas: mientras una mantiene que Schiller tuvo conocimiento del auto y sus circunstancias, la otra considera que aquél no podía saber los nombres de los condenados porque aparecieron por primera vez en la *Histoire Critique de l’Inquisition d’Espagne* de Juan Antonio Llorente⁴⁰, publicada en París en 1817-1818 y traducida al alemán en 1824, varios años después de la muerte de Schiller⁴¹. Aunque acordamos con esta segunda teoría que Schiller no supo de la participación de la familia de Rojas en los procedimientos de 1559, los motivos aducidos son erróneos. El alcance de estos autos fue enorme y sus pormenores se divulgaron por toda Europa mucho antes de la publicación de la *Histoire Critique* de Llorente. Prueba de esto es una estampa que en el mismo año de 1559 retrataba la procesión de los condenados al cadalso en el auto de fe del 29 de mayo, titulada *Hispanische Inquisition* y destinada a la feria anual de Francfort. Al pie, redactado en alemán, se incluía un completo relato de los hechos con los nombres de *Ludowig Rojas, Anna Henriques* y *Maria* de Rojas y se relacionaba a éstos con el marquesado de Poza. Esta imagen sirvió posteriormente de modelo a una versión holandesa publicada en 1642 como ilustración de las *Netherlansche Historien* de Pieter Corneliszoon⁴². Schiller, por tanto, pudo reconocer a los Rojas en este proceso; lo importante es averiguar si realmente lo hizo y si los pasajes de *Don Carlos* antes aludidos son fruto de este reconocimiento o no.

Respecto a la solicitud de *Gedankenfreiheit*, ésta no basta para demostrar que Posa propugna la religión de Lutero. El término no designa única-

⁴⁰ El título completo de la obra es *Histoire Critique de l’Inquisition d’Espagne depuis l’époque de son établissement par Ferdinand V jusqu’au regne de Ferdinand VII, tirée des pièces originales des archives du Conseil de la Suprême et de celles des Tribunaux subalternes du Saint Office* y la información mencionada se encuentra, según la edición española en Llorente, J. A., *Historia Crítica de la Inquisición en España* (Pozuelo de Alarcón, 1981), vol. XI, 173-200.

⁴¹ Vid. Wertheim, U., *op. cit.*, 165.

⁴² VV. AA., *La fiesta en la Europa de Carlos V* (Sevilla, 2000), 426-430, donde se reproducen las dos estampas.

mente “libertad de culto”, sino que va mucho más allá. Creado por Schiller como traducción del “freedom of thought” y la “liberté de Pensées”⁴³, este vocablo aglutina, además de la religión, todas las libertades de las que el hombre es merecedor. Es el primer paso hacia una sociedad arquetípica, una necesidad política vital que supondría una luminosa aurora para el ser humano. Schiller, en su idealismo, no se conforma con exigir la libertad de culto a través de Posa, sino que demanda remover los cimientos de la sociedad del siglo XVI y, por extensión, los de la suya propia. Ahondando en los ideales de genialidad prometeica del *Sturm und Drang* aspira a levantar una nueva Arcadia en la que el hombre, liberado de sus cadenas, pueda regir su destino. Posa no se presenta como un defensor del luteranismo, sino del hombre, pues la acusación de protestantismo del rey atañe a su rebeldía, no a su confesión religiosa. La respuesta de Posa es lo suficientemente clara como para desestimar cualquier duda sobre su fe: “Ihr Glaube, Sire, ist auch / Der meineige. [...] Die lächerliche Wut / Der Neuerung, die nur der Ketten Last, / Die sie nicht zerbrechen kann, vergrößert, / Wird *mein* Blut nie erhizen.”

Por otro lado, la idea de que la Inquisición ocupe un puesto primordial en *Don Carlos* le llegó a Schiller seguramente a través de la lectura de *L'inquisition française ou l'histoire de la Bastille* de Constantin de Renneville, conseguida a través de Reinwald en 1783⁴⁴. Esta concepción, por añadidura, forma parte de los presupuestos iniciales del drama y no se debe a la relación del marquésado de Poza con el auto de fe de Valladolid. De hecho, en una carta a Reinwald fechada el 14 de abril de 1783, Schiller ya anunciaba su intención de incluir en su *Don Carlos* dos elementos ajenos a Saint-Réal: un “grausam, heuchlerisch Inquisitor” y los “Schandflecken der Inquisition”⁴⁵. Resulta pues lógico que, en una obra donde la Inquisición debía ocupar un lugar destacado, el Santo Oficio persiguiera a Posa y ejecutase a Carlos. La intervención del inquisidor general se produce por el mismo motivo en ambos casos: la salvaguarda de la religión católica según se entendía en el siglo XVI.

Es desechable cualquier conocimiento apriorístico de la condición religiosa de la familia Rojas por parte de Schiller, pues éste demuestra hasta el segundo acto una adhesión tal a la obra de Saint-Réal que resulta muy improbable que supiera del auto de 1559 a través de otras fuentes. Como ya hemos indicado, el proyecto de Bauerbach sigue con fidelidad el argumento de la *Histoire de Dom Carlos* del abad francés y todo el primer acto del *Don Carlos* se articula según tales directrices. Los nombres también copian los de Saint-Réal, incluido el lusismo del “dom” —corregido posteriormente por

⁴³ Böckmann, P., *op. cit.*, 508-528.

⁴⁴ Cfr. Fischer-Lichte, E., *Friedrich Schiller: Don Carlos* (Francfort del Meno, 1987), 6.

⁴⁵ *Ibidem*.

Schiller— y la transcripción del marquesado como “de Posa” y no “de Poza”. La ausencia de cualquier referencia a los Rojas en la *Histoire* de Vichard habría así impedido que Schiller los relacionara con su propio personaje y que, por la misma razón, advirtiese la participación de los familiares del marqués de Poza en el auto de fe. El mismo nombre que Schiller dio al marqués, “Roderich”, indica un desconocimiento absoluto de la realidad de los Rojas, entre los que no hubo ningún Rodrigo desde la creación del marquesado.

Resta cuestionar si la investigación realizada por Schiller durante el largo proceso de gestación de *Don Carlos* pudo facultarle para conocer los sucesos que venimos comentando. En esta época estaba despertando en él un nítido interés por la historia, como prueba la carta a Körner del 15 de abril de 1785 en la que decía: “Täglich wird mir die Geschichte theurer. [...] Ich wollte, dass ich zehen Jahre hintereinander nichts als Geschichte studiert hätte”⁴⁶. Schiller consideraba indispensable familiarizarse con el pasado y las costumbres españolas y comenzó a solicitar libros sobre el tema⁴⁷, al tiempo que se documentaba sobre la liberación de los Países Bajos con miras a su *Geschichte des Abfalls der vereinigten Niederlande von der spanischen Regierung*, empezada en 1786 y publicada en 1788, un año después que *Don Carlos*. Durante esta etapa pudo, desde luego, haber encontrado algún dato relacionado con el auto de fe. Sin embargo, un descubrimiento de tales dimensiones habría supuesto una conmoción en los pilares del drama y su reflejo inmediato en el personaje de Posa. Resulta difícil de creer que tal acontecimiento, de haberse producido, no se hubiera visto plasmado en la correspondencia privada de Schiller. También es extraño que no se mencione en los *Briefe über Don Carlos*, una defensa ante los ataques que sufrió su obra compuesta por doce ensayos de los que nueve están dedicados a justificar el comportamiento de Posa. Que Schiller no aprovechase el acto de rebeldía de los mártires del luteranismo basta, en fin, para negar cualquier conocimiento de la fe practicada por los Rojas, más aún si recordamos que quiso convertirse en teólogo protestante y que sólo por deseo de su señor, el duque Karl Eugen, se vio obligado a estudiar medicina, lo cual hizo sin demasiado interés.

El cambio y el desarrollo del personaje de Posa se deben a la transformación personal del propio autor, que empuja a Posa a abandonar su condición de acólito de Carlos para convertirlo en protagonista⁴⁸. Mientras la

⁴⁶ Apud Menzies, J. K., *Schiller, historical truth and the Netherlands: The genesis of Schiller's concept of History* (Michigan, 1993), 73.

⁴⁷ Cfr. la carta del 27 de marzo de 1783 a Reinwald, apud Koch, H., *Schiller und Spanien* (Munich, 1973), 29.

⁴⁸ De este modo, en el primer *Brief über Don Carlos* escribe Schiller: “Karlos selbst war in meiner Gunst gefallen, vielleicht aus keinem andern Grunde, als weil ich ihm in

obra tomaba forma, Schiller se fue alejando más y más de las bases de Saint-Réal y desarrolló nuevas inquietudes ajenas a Carlos, que dejó de “tener su pulso”, como pensaba al principio, para convertirse en un ser extraño e impetuoso, cuyas ansias egoístas no respondían a los ideales de libertad y amor universal que empezaban a avivarse en Schiller.

Don Carlos siempre ha sido analizada como una obra de transición, tanto dentro de la producción personal de su creador como dentro de la literatura alemana, a medio camino entre el *Sturm und Drang* y el Clasicismo de Weimar. Posa personifica esta metamorfosis a través de su propia evolución. No es un defensor del luteranismo o, para ser más exactos, ésta no es su mayor preocupación: el “delegado de la humanidad” lucha por la independencia de los Países Bajos, no por una eventual concesión de libertad de culto que mantuviese el yugo hispánico.

La elección de Posa como aliado de Carlos se debió principalmente a una cuestión de equilibrio de fuerzas, como se aprecia en la descompensación existente en la obra entre protagonistas y antagonistas. Schiller, al igual que Otway, tomó un personaje atractivo y apenas bosquejado por Saint-Réal y le fue dotando de virtudes. Su admiración creciente por la sublevación de los Países Bajos⁴⁹ y su propia maduración personal suscitaron que la relación amorosa protagonizada por Carlos pasara a un segundo plano y que el príncipe se convirtiera en un instrumento para fines más elevados. La política sustituyó a los sentimientos y el amor de Carlos por la reina, gracias al sacrificio de Posa, se engrandeció hasta abarcar a toda la humanidad. La revolución que exigía el marqués era la misma deseada por Schiller; sus palabras eran las del autor y el corazón de ambos latía en un único pecho. Posa fue una proyección de los ideales de su creador sólo porque él lo quiso de aquel modo. Así lo observó Heine, para quien Schiller “selber ist jener Marquis Posa, der zugleich Prophet und Soldat ist, der auch für das kämpft, was er prophezeit, und unter dem spanischen Mantel das schönste Herz trägt, das jemals in Deutschland geliebt und gelitten hat”⁵⁰.

Jahren zu weit vorausgesprungen war, und aus der entgegengesetzten Ursache hatte Marquis Posa seinen Platz eingenommen”. Schiller, F., *Werke*, op. cit., 138.

⁴⁹ Según la *Geschichte des Abfalls der vereinigten Niederlande von der spanischen Regierung*, para Schiller “eine der merkwürdigsten Staatsbegebenheiten, die das sechzehnte Jahrhundert zum glänzendsten der Welt gemacht haben, dünkt mir die Gründung der niederländischen Freiheit”. Schiller, F., *Schiller Werke in zwei Bänden* (Munich, 1954), vol. II, 713.

⁵⁰ *Apud* Scholz, I., *Friedrich Schiller “Don Carlos”* (Hollfeld, 1982), 39.